

TESELA

“Cada una de las piezas que forman un mosaico”. Así define el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua este vocablo. Se va a dar cabida en esta sección a aquellas notas, bosquejos o escritos que, por su brevedad, no parece adecuado acogerlos en las secciones habituales. Interesa hacer notar que estas notas o escritos breves se refieren a datos o hechos históricos de los que se citará, siempre que sea posible, las fuentes o documentos en que están basados. No se trata por tanto de anécdotas, dichos u ocurrencias más o menos graciosos, que ya tienen su lugar en otras secciones. Tampoco de leyendas o tradiciones orales más o menos fiables - aunque a veces así pueda parecerlo - sino de aseveraciones con base firme. De este modo, el conjunto de tales teselas formará, al final, un mosaico de conocimientos con que ampliaremos adecuadamente nuestros saberes sobre el Rincón de Ademuz.

Y va de manzanas...

He tenido durante meses en la esquina de mi mesa de trabajo un libro que –por decirlo de alguna manera– no veía. Ahora todavía está ahí; pero lo sé, lo percibo, y es esta una notable diferencia. La causa de ignorarlo no dependía de su tamaño; no era diminuto, no; es un libro completamente normal, de la madrileña editorial Aguilar, con el formato y la hechura de aquella colección titulada “Obras Eternas”.

Esa involuntaria ceguera no obedecía, pues, a causa material/física alguna; debía obedecer más bien a un desinterés no consciente por lo que esa obra es o representa. Se titula “Viaje de España” y en este título me parece advertir (o es por lo menos admisible) esa indiferencia hacia tal obra¹. En mi fuero interno debí pensar que tal título era incorrecto; tendría que ser “Viaje por España”.

Olvidaba que, aunque editado recientemente, había sido publicado en el siglo XVIII (1785). Esa preposición *de* que molestaba mi sentido literario/gramatical no era una falta sino la pervivencia de una formulación usada por los clásicos, como por ejemplo Cervantes en su “Quijote”. Recordemos el capítulo IV: “De lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta”. Ese *de* lleva implícito “que trata” como comienzan también muchos capítulos.

Desde que –ahora hará quince años– aquel grupito de entusiastas creamos I.C.E.R.A. y posteriormente *Ababol*, estableciendo las bases de una movida cultural para dar a conocer y popularizar el Rincón de Ademuz, ante todo en sus facetas socioculturales, ha variado mi relación con los libros.

Antes, acudía a ellos como consecuencia de alguna indicación bibliográfica sobre un tema determinado. Ahora, como en este caso, voy a ellos buscando, en primer lugar, si nombran nuestro Rincón y, en caso afirmativo, qué es lo que de él dicen.

¹Título completo de la obra: “Viage de España, o Cartas, en que se da noticia de las cosas apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella”. Su autor Don Pedro Antonio de la Puente...Madrid, MDCCLXXII”.

En este “Viaje de España”, como en tantísimos otros, no se menciona. Pero al ver que sí nombra Segorbe, se me ocurrió proseguir mis indagaciones por si hablaba de las manzanas segorbinas. No hubo suerte; tampoco podía haberla, porque la producción de manzanas se asentaba entonces en otras comarcas. Cuando su autor, Antonio Ponz, habla de Daroca hace un elogioso comentario sobre su vega: “Las frutas así de la ribera de dicha ciudad como de la de Calatayud, se tienen en mucha estimación”. A renglón seguido, tras un cálido elogio de las peras que en ella se cosechan, añade: “Lo mismo las manzanas que duran lo más del invierno y son: la camuesa, esperiega fina, manzana helada, comadres, rayada, morro de vaca, cuero de dama, pero, etc.²”

No cabe duda que mis paisanos rinconademuceros habrán sonreído al leer esos nombres de manzanas que ya existían hace más de dos siglos. ¿Se conocerían todas ellas en nuestro Rincón por aquel entonces?

He de confesar, sin embargo, que no fueron esas coincidencias las que me llamaron más la atención en la lectura de la obra de Ponz. Fue su espíritu y su modernidad, los que me cautivaron. Mucho del saber teórico sobre ese siglo en España –tan denostado por unos como ensalzado por otros– halla aquí su definición primigenia, auténtica, fresca como fruta recién cogida: “Ningún hombre trabaja ni puede trabajar con ahínco si no le anima alguna esperanza de medrar o, por lo menos, de dar el preciso sustento a su familia y persona³”. Cambio de horizonte, nueva perspectiva. Nada de graves y trascendentales problemas, sólo las inquietudes propias del que ha de alimentar a su familia.

Me encantó también, pensando en los numerosos labradores de nuestra comarca, el respeto –y aun diría aprecio– por los agricultores que trasluce esta obra. Creo que lo tienen bien merecido. Permítaseme reproducirlo aquí, a pesar de su extensión⁴:

La agricultura no sólo es un arte como los demás, pero el principal y más importante sin el cual no puede subsistir otro ninguno; no se debía ejercitar por costumbre y tradición, sino por principios, reglas, especulaciones y propias experiencias, adelantando cada día más de lo que supieron los pasados. A los pobres labradores deben ayudar y dar luces los que tienen más tiempo que ellos en leer, instruirse y meditar, aunque no fuese más que en recompensa de ser ellos los que a todos sustentan con sus sudores (...) Todos debían ser labradores de un modo o de otro; y désele la amplitud que se quiera a aquella disposición divina; “Ganarás el pan con el sudor de tu frente” (*Sudore vultus tui vesceris pane*) entiendo que ninguno la cumple con más puntualidad que los que se ocupan o en trabajar la tierra o en ayudar y honrar a los que la trabajan, enseñando su mejor cultivo.

Ha surgido el vocablo *arte* y cabe preguntarse qué significa, puesto que evidentemente no encaja aquí el sentido con que lo usamos corrientemente en la actualidad, referido sólo a objetos bellos.

² PONZ, A.: “Viaje de España”. Tomo XIII, carta IV, nº 19. P. 1184 b.

³ PONZ, A.: *Op. Cit.* Tomo VIII, carta V, nº 79. P. 732 b.

⁴ PONZ, A.: *Op. Cit.* Tomo XI, carta I, nº 40. P. 950 a y b.

El “Tesoro de la lengua castellana o española” de Sebastián de Covarrubias Orozco se publicó en 1611 y en él se acude a un circunloquio para definir tal vocablo: “...toda cosa que no lleva su orden, razón y concierto, decimos que está hecha sin arte”. Esto, después de haber dado una definición que francamente no aporta gran cosa:

Arte: es nombre muy general de las artes liberales y mecánicas (...) “No saber arte ni parte de un negocio”: ignorarlo todo, totalmente.

Artista: El mecánico que procede por reglas y medidas en su arte y da razón della. Proverbio: “Quien tiene arte va por toda parte”. “El que sabe oficio, gana la comida”.

Parece que se convierte aquí en sinónimos los vocablos *arte* y *oficio*. No creo que sea legítima tal interpretación. Soy más bien del parecer que en él se apunta hacia una dirección que actualmente definiríamos como técnica. Es palabra que no recoge el “Tesoro...” de Covarrubias. Éste registra: *Teba la Vieja* (nombre de lugar), *Techo*, *Tecla* (planta) y otra vez *Tecla*, referida a los instrumentos musicales. De aquí se pasa a *Tejar*.

“Viaje de España” es obra voluminosa: consta de 1902 páginas, que llegan a las 2039 contando los índices. Está escrita en forma epistolar. El viajero va describiendo a un amigo suyo cuanto de interesante, sobre todo en materia artística, encuentra en sus andanzas por tierras españolas. Abarca 18 tomos, cada uno de los cuales consta de prólogo y varias cartas. No resulta pesada ni aun monótona su lectura por la habilidad de haber escogido su autor esa forma epistolar: No se lee con el mismo interés una carta que un informe; gracias también a las interesantes descripciones de lo que va encontrando y a las explicaciones que da de forma sencilla, directa, sin ínfulas de erudito, y a las observaciones que sorprenden por su modernidad (quiero decir que podemos estar de acuerdo con ellas ahora). Así, hablando de Salamanca, otrora gran ciudad, y de su famosa universidad, escribe: “Pues sepa Vd. que está reducida hoy a pocos vecinos y poquísimos son los estudiantes que en el día se matriculan respecto del tiempo pasado. Vea Vd. a lo que van y se han ido reduciendo las antiguas glorias, y quiera la suerte que la desolación no continúe⁵”. Recordemos que esto se escribió en 1785.

La crítica ha considerado desde siempre esta obra como un “inventario de los tesoros artísticos de nuestro país”. Evidentemente lo es, puesto que tal era el propósito de su autor al escribirla. Buena prueba de ello son las “Reflexiones sobre una pintura de Rafael que está en El Escorial, llamada *Madonna o Nuestra Señora del Pez*, hecha por Mister Henry, caballero irlandés estando en El Escorial, año 1754”, donde diserta sesudamente sobre tal materia⁶. Lo que ocurre es que Ponz, aparte de su amor y espíritu artísticos, tenía otras aficiones y conocimientos que, quizás sin él proponérselo, se le deslizan cuando escribe. Llama la atención que hable con evidente conocimiento de causa por ejemplo en ciertas ocasiones y de materias que no sospechábamos conociera; así, en el prólogo del tomo XIII se

⁵ PONZ, A.: *Op. Cit.* Tomo XII, carta VI, nº 8. P. 1081 a.

⁶ PONZ, A.: *Op. Cit.* Tomo II, carta IV.

permite esta observación al hablar del álamo negro o negrillo: Se propaga “en brevísimo tiempo y con una lozanía increíble, prefiriendo la semilla a los vástagos o sierpes que brotan al pie y alrededor de sus raíces, no pudiéndose esperar por este medio buenos árboles, aunque se trasplanten (...) con muchas raíces y se cuiden con esmero”. Es aviso que atestigua experiencia directa.

Ponz no sólo teorizaba; hablaba de cosas prácticas que conocía por experiencia, directamente, no a través de los libros. El título de su obra, “Viaje de España”, alude a conocimiento directo de los temas que trata; viaje, pues, que informa de lo que tenemos, reconstruyéndolo históricamente con lo que sabemos: Los eriales actuales eran antaño bosques frondosos, al igual que la universidad de Salamanca fue hace siglos faro de sabiduría. La decadencia no es sólo espiritual, intelectual; abarca también lo material:

Barro mezclado con paja o sin ella y algún tronco de árbol como Dios lo crió son en algunas provincias de España la materia de tales edificios. Villas en otros tiempos opulentas y regulares son hoy un conjunto de corralones de tapias caídas, casas viejas arruinadas o que amenazan ruina⁷.

Los italianos, franceses e ingleses ponen infinito más cuidado que nosotros en vivir decentemente; y observando un orden natural, lo primero que piensan cuando han mejorado de fortuna es en fabricar una casa en el campo o en el pueblo de donde son naturales, que los distinga de los demás vecinos⁸...

Todo ello es importante, no cabe la menor duda; pero Ponz va más allá, cala más hondo: lo verdaderamente importante es lo que con todo ello puede hacerse, cómo lo manejan los hombres. Y aquí el panorama es casi idéntico⁹:

Los méritos que (...) se debían alegar o atender como muy principales para promover alcaldes mayores, corregidores y otros magistrados de unas ciudades u otras, debían ser: Tantos centenares o millares de árboles quedan plantados en mi tiempo en el término del pueblo que dejo; tal pedazo de camino bien construido; tal puente o pontón edificado; la posada decente y bien provista; los malhechores lejos de aquel territorio, etc. y no el cúmulo de frustrerías, como a veces suele verse en las relaciones de méritos.

Se ha llegado a decir que los árboles constituían una obsesión para Ponz. Creo que convendría matizar opinión tan tajante. No son los árboles en sí lo que él echa de menos. Lo que critica y le enfada es el considerar, por una parte, la despreocupación de unos y, por otra, la avaricia de los que esquilmaron los bosques para obtener un provecho inmediato sin pensar en las generaciones posteriores.

“El que no piensa en los venideros no merece recibir nada de los pasados ni aun de vivir en sociedad con los presentes” (prólogo al tomo IX). En él se nombra las razones con que defienden sus teorías los que podríamos llamar enemigos

⁷ PONZ, A.: *Op. Cit.* Tomo IX, carta VII, nº 15.

⁸ PONZ, A.: *Op. Cit.* Tomo IX, carta VII, nº 31.

⁹ PONZ, A.: *Op. Cit.* Tomo IX, carta VII, nº 8.

del arbolado. Son esencialmente cuatro: 1) crían pájaros, que luego se comen las cosechas; 2) su sombra es perjudicial para las cosechas; 3) tardan en dar fruto y cuando lo dan el amo no lo ve, porque lo roban; 4) una extensión de tierra con bosque forma un buen escondrijo para los ladrones. Las rechaza considerándolas propias de “gente necia e inconsiderada”. A pesar de ello, todavía he oído yo en Ademuz la segunda. Es curiosa esta pervivencia a través de los siglos. Satisface pensar que con todas estas limitaciones, la razón se ha abierto camino. ¿Qué sería de nuestra comarca ahora sin los manzanos o los almendros?

Quizás algún lector piense que todo esto son bobadas a las que no hay que darles ninguna importancia. Es posible que tenga razón. Pero no olvidemos que son (forman parte de la) historia y nunca está de más conocer los errores de antaño para no caer hogaño en ellos u otros parecidos.

Como sucederá más tarde con la Generación del 98, cuando se habla aquí de España hay que tener en cuenta que se está pensando solamente en Castilla y aun en Castilla la Vieja. La que nos recuerda Antonio Machado con sus dos famosos versos:

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora.

En ella se arrastra una vida desangelada, fruto de un determinismo asfixiante, producido por un círculo vicioso inalterable: tierras inhóspitas, sin árboles, pedregosas, esquilmadas por el sol y su calor implacable, sin una nube, sin nada que mitigue esa sensación de ahogo material. ¿Sólo material?

Al terminar la lectura de esta obra, recuerdo haberme quedado perplejo y admirado: Perplejo, porque había imaginado, sin saber las razones, que se trataba de una obra superficial, escrita para deleite de los que les gusta viajar sin moverse de casa; admirado, porque no era así, sino profunda y digna de tenerse en cuenta. Son muchos los pensamientos, las reflexiones sobre España que Ponz vertió en ella, que aún ahora (dos siglos más tarde) tienen plena vigencia.

Traigo todo esto a colación porque entre los labradores ademuceros que conozco, pocos son los que no mantienen esa mentalidad que cabría calificar de “los palos y las mieles”.

Con los primeros designaremos ese trabajo duro físicamente que exige esfuerzo y sacrificio: pienso, por ejemplo, en el acarreo de la mies desde el lugar donde fue segada (y han quedado allí los haces) hasta la era donde ha de ser trillada. Acarreo que se realizaba de noche o al amanecer/atardecer para librar, en lo posible, a la caballería en que se cargan los haces del acoso cruel y reiterado de las moscas, tábanos, etc. que pululan sobre ellas a las horas de sol, causándoles agudas molestias con sus picadas.

Claro está que hablo de tiempos pasados, concretamente de los años de la guerra civil (1936-39) e inmediatos posteriores. Actualmente la mecanización ha hecho desaparecer todos esos inconvenientes, ya que apenas existen las caballerías; el tractor ha sustituido ventajosamente a los machos/mulas, burros/burras, etc. Hablo de la agricultura que conocí y que era mucho más semejante a la que describe Antonio Ponz que la actual.

Volvamos a la cita de Ponz que he abandonado para relatar estas vivencias. En ella Ponz muestra el gran aprecio en que tiene a los labradores, a los que califica de *beneméritos*. Este vocablo, según el D.R.A.E., significa: “Digno de gran estima por sus servicios”.

Teniendo esto en cuenta, resulta mucho más lógica esa idea anterior de que todos deberían ser labradores. Evidentemente nos movemos en terreno teórico, por lo que no resulta exagerada esa afirmación –que, a primera vista, podemos considerar como desfasada y aun frívola– sino el centro/base de un pensamiento lógico y firme.

Me estoy refiriendo a las ideas tomadas de una obra famosa en toda Europa por aquel entonces, “Idioma de la razón”, del italiano Caraccioli que en su capítulo VI hace un encendido elogio de los labradores, sintetizado en este párrafo:

Infelices aquellos Estados donde es despreciada esta parte del pueblo, [los labradores y los artesanos que ejercen su oficio] esta porción preciosa que nos aloja, nos viste y alimenta.

Las ideas de Ponz expresan el pensamiento de los intelectuales de su época, conscientes de nuestro atraso cultural con respecto a los aventajados europeos. Y lo expresa, lo escribe claramente, porque esa es la realidad.

Pero a la vez, –soñar no cuesta nada– piensa... (no, mejor, desea) una España avanzada alejada de esa rancia tradición de considerar lo nuestro como lo mejor del mundo, sólo por ser eso: español.

Es esta una tradición mostrenca, incorregible. Él sueña con una España avanzada, con menos campanarios, pero mejores caminos; con menos iglesias y capillas y estampas, pero con más y mejores posadas.

Resulta curioso que nadie –que yo sepa– haya juzgado a Ponz como propagador de lo que hemos dado en llamar “turismo”. Entonces no se conocía aún el vocablo, pero las ideas y comentarios de Ponz lo hacen acreedor al título de fomentador o agente turístico, tan normal en nuestros días.

No me cansaré de repetir –y recomendar– la lectura de esta obra, en la que, con un lenguaje comedido, elegante y sencillo se alecciona al lector con pensamientos útiles y de una modernidad indiscutible. Como éste que se halla en el prólogo del tomo IX:

El que no piensa en los venideros no merece recibir nada de los pasados ni aun de vivir en sociedad con los presentes.

Son ideas que a mí me convencen plenamente.

Ángel Antón Andrés
(Barcelona)